

á sus criados, reconozcan á mi esposa, ella será nuestro amparo. — Nuestro ángel, contestó el Chango, y permítanos, niñita, que besemos sus pies. — Sí, será nuestra... nuestra madre, prosiguió diciendo Simón, ya no estaremos solitos, un piececito para este Chango y otro para mí, y ambos se postraron. — Vengan á mis brazos, hijos míos, yo también los amo porque son amados de mi marido amado. No cabían de gozo al recibir tanta dicha, y no hallando con qué demostrar su regocijo exclamó el Chango: — Si sus mercedes han jurado amarse como marido y mujer, ven acá, Simón, también juremos servirlos hasta la muerte. Y de la misma manera que vieron á sus amos tocar la cruz y postrarse al hacer sus votos, lo hicieron ellos diciendo Simón muy entusiasmado: — Lo juro y lo retejuro mas que me lleven toditos los de á caballo.

Hicieron sus bodas á la orilla del agua cristalina, percibiendo el aroma de las flores, sintiendo un fresco cierzo que al declinar el sol amenizaba la entrada de la noche, celebrados por el silbido de los pájaros que ocurrían presurosos á sus nidos, comiendo en una propia cazuelita arroz que sabía á traste nuevo, tasajo asado, longaniza frita, huevos revueltos, tortillas recalentadas, y con unos buenos tragos de vino, cemitas y queso completaron con muchísimo gusto y tranquilidad su opíparo banquete.

Mientras que Amparo curaba á su esposo, el Chango fregó sus trastes y acomodó su recaudo y demás cosas para no dejar nada olvidado al instante de partir, Simón dió agua á sus caballos y los puso en sitio más ameno tirándose en el suelo junto de ellos para cuidarlos con su machete entre las piernas, recogiendo todos á dormir. En cuanto cerró la noche, como á las cuatro ó cinco horas entró Simón de la barraca que custodiaba, el Chango recostado contra una peña con su carabina lista. — Señor amo, dijo, ya salió la luna, ¿ensillo? — Sí, le contestó su amo, la silla del Chango pónsela á mi Tortuguillo, y con la mía adereza al pie de Plata para que tu compañero que tiene sus dos brazos completos lleve á la niña. Y antes de media hora, Simón por delante lleno de trastes y tompeates, el Chango con su ama en la silla muy abrigadita y Lorenzo por detrás abriéndose las piernas con las armas de pelo para evitar un an-

tellevón con los matorrales, muy paso á paso emprendieron su silenciosa marcha alumbrados por una hermosísima luna, hasta llegar poco antes de amanecer al cerro de Irimbo, descansaron entre un espeso encinal que domina el huizachal de Jaripeo el grande, allí pasaron lo mejor posible el día y continuaron en la noche hasta que llegaron al cerro de la Culebra en donde apeándose dijo Simón á su ama conduciéndola para adentro: — Tome su merced posesión de su palacio como nuestra reina y señora. — ¡Viva nuestra Reina! gritó Lorenzo. — ¡Viva! repitieron los criados, á tiempo que la guardia también la saludaba con una descarga de ladridos y retreta de fiestas que era el modo de demostrar su regocijo de los cuatro hermosos mastines que servían de conserjes. Cuando Amparo se instaló, digámoslo así en una de sus moradas, sus padres á diez y ocho ó veinte leguas emprendieron su camino para Morelia poniendo más tierra de por medio llenos de dolor y lamentando la temprana muerte de su hija, que suponían dejar enterrada en unión de su libertador, en un sepulcro nuevo que en el acto se construyó en Coroneo después de haberles hecho unas clásicas exequias.

En cuanto Lorenzo pudo montar á caballo siguió con Amparo más adentró del valle, transportándola á la cañada del Capirio donde el Chango la declaró la Diosa de aquella solitaria estancia, y luego fué conducida al rincón de Cooperillo donde al tomar posesión la proclamó su marido la Deidad de tan amena como fértil mansión, y he aquí por qué era de aquellos hombres su Reina, Diosa y Deidad.

Desde luego eligió para su traje, el que para estar oculta en aquellas montañas le pareció más llevadero y propio para evitarse los piquetes de los moscos y otros insectos, como soportable para el calor; usaba unas botitas de gamuza color de tierra, sus pantalones de crea ó bramante de mameluco con sus jaretas recogidas en la garganta del pie, una especie de bata con manga ancha, ajustados los puños que cerraba en el pescuezo y le llegaba á las rodillas, de género ligero ceñido con un cinturoncito de seda con su hebilla, su delantal con sus bolsas, peinada sencillamente de dos trenzas sueltas ó recogidas con horquillas, un cordón negro lazado en su cuello del que pendía un reloj que guardaba en el seno, y remataba su traje un

sombrero de bejuco de ancha falda adornado con listones negros; en un instante aprendió á montar á caballo como hombre, subía y bajaba por aquellos sitios, brincando serteñas y haciendo mil travesuras en el pie de Plata que se le destinó, lo mismo que á manejar las armas de fuego, que luego que les perdió el miedo le servían de diversión favorita. Le compró Lorenzo una escopeta ligera de dos tiros, con su bayoneta de muelle y todos sus avíos bien provistos de pólvora y municiones, incluso un cuchillo de monte; su gusto era internarse en lo más boscoso acompañada de cuatro ó cinco perros que no la abandonaban, matar alguna pieza mayor para que cuando su marido viniera á comer, presentársela cazada y guisada de su mano. Los cachorros desde que hizo su residencia en Cooporillo se los dividieron, el Chango se quedó con ella, y Simón acompañaba á su amo; emprendía largas excursiones, y no pocas veces se extravió entre tanto breñal, pero los perros la sacaban de los laberintos en que se metía, cuanto flor extraña, planta bonita ó aromática encontraba las transplataba en su jardín, lo mismo que cuantos nidos de pájaros podía recoger, criaba á los polluelos y los enseñaba á silbar, de modo que reunió en menos de cuatro meses cuanto pudo para embellecer el Edén de la Deidad, aunque al principio tuvo algunas calenturas muy pronto se apaninó, el nuevo género de vida que aceptó tan contrario al que antes había tenido la hacía sudar, fatigarse, comer con apetencia, dormir bien, y aunque tostada la cara y manos por el sol, se puso muy robusta, sus miembros se desarrollaron, y todo el día estaba ocupada en las atenciones de la casa, cuidar sus animales, cultivar sus flores, enseñar á sus pájaros, salía á pie ó á caballo con su escopeta, demás avíos y sus mastines, á expedicionar monte arriba de donde siempre traía, ó más que comer ó más bellezas para su huerto. Todo estuvo bien mientras pudo marotear, pero se sintió embarazada y comenzaron ocupaciones de otra clase y algunos téticos pensamientos que le hicieron verter no pocas lágrimas en secreto, cuidándose mucho de que su esposo no las notara.

Este nunca olvidó su costumbre de ir á visitar el sepulcro de su padre adonde se empeñó Amparo á acompañarlo algunas veces, y ambos después de orar por su alma, le contaban su

dicha y el bienestar que gozaban. Siguió creciendo su embarazo, llegó su término, y sin más asistentes que su esposo y el Chango salió felizmente de su cuidado, dando á luz á un niño muy grande y muy robusto, y si para atenderla no les pareció bien ocupar á ninguna persona por no dar á saber á nadie su existencia en aquel cerro, menos podían presentar la criatura para bautizarla á la parroquia, aplazando la ceremonia para más tarde mientras se proporcionaba modo de bajar al pueblo y efectuarlo. Siguió todo perfectamente, se levantó Amparo de la cama, se bañó, comenzó á sus antiguas tareas y nueva ocupación con su chiquillo; el Chango lavaba sus pañales, planchaba su ropita y desempeñaba de pilmama, pero de repente se enfermó el niño y ninguno sabía cómo curarlo; antes que otra cosa sucediera cargó Lorenzo con su hijo, lo siguió Amparo, Simón y el Chango llegaron al arroyo de los Leones que estaba inmediato y les dijo: — Bautízame á este niño, Simón, tómalo con tu brazo, y tú, Chango, échale el agua. — ¿Cómo se ha de llamar, señor amo? — Juan Bautista, como su abuelo, y porque en algo parodie al precursor del Mesías. Hincó Simón la rodilla izquierda junto del agua, y en la derecha que tenía levantada descansó Lorenzo al niño sobre su muslo, lo abarcó Simón del pechito, el Chango le descubrió la cabecita y con toda solemnidad, tomando con las dos manos de aquella agua cristalina le comenzó á echar con cuidado diciendo: — Juan Bautista, yo te bautizo en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo. — Amen, respondió Simón. Le enjugaron el pelito, y devolviéndoselo á su amo dijeron: — Está su merced servido. — Gracias, queridos compadres, Dios les pague su caridad. — Ahora mas que se muera ya estoy tranquila, dijo Amparo; vámonos no le vaya á perjudicar el aire, compadre Chango, arrópalo con tu manga. — Con mil amores, venga, mi hijo, sí, mi hijo. — Nuestro, replicó Simón. — De los cuatro, agregó Lorenzo, para que no haya disputas, y dándole el brazo á su esposa se volvieron á la casa en donde con varios medicamentos improvisados se alivió Juanito que ya no los volvió á poner en cuidado y se crió muy sano y rollizo.

El Chango lo destetó, y tanto él como Simón se empeñaban

en educarlo. — Yo la verdad quiero, decía este último, que salga un buen charro de á caballo; préstalo, le daré una vueltecita para que se vaya ingeniando, y se lo llevaba á andar hasta que se dormía ó fastidiaba. — Y yo deseo que salga muy hombre, échale un corte á ese bicho, Changuito, y el niño meneaba su bracito como si tirara un machetazo, dale un puntazo, y también hacía el movimiento, ó si le daban algo con que ofender lo hacía de veras. Póntele feo, y abría los ojitos y apretaba la boca con coraje. — Dale á tu tata, le mandaba Simón, una desmechada, y también lo hacía; entreteniéndose así con su ahijado, cada cual seguía su plan de educación del que Lorenzo hacía poco caso sólo exigiendo que no le dieran frutas ni golosinas y que lo dejaran andar al aire libre y travesear á sus anchuras, con lo que se iba desarrollando velozmente.

Ya iba á cumplir tres años cuando Amparo volvió á sentirse enferma, tenía cosa de cuatro ó cinco meses de grávida; al ir el Chango por agua al arroyo, sorprendieron los perros que lo seguían á una leoparda que con su cría había bajado sedienta, huyó muy azorada, pero los perros cazaron á su chicuelo, se los quitó el Chango muy lastimado de las mordidas, y llegó muy ufano á enseñárselo á su comadre, ésta empezó con mucho esmero á curarlo, darle leche, empeñada en criarlo, se le puso su collarcito con su cadena, y en un sitio á propósito se colocó: de día estaba el leopardito muy quieto, pero por las noches aullaba y daba mucha guerra, los tatas primero olfateando y después á sus gritos se arrimaban hasta la cerca, los perros se alarmaban y se armaba un escándalo de los demonios, no bastaron tiros ni cuanto inventaron para ahuyentarlos, todas las noches era el mitote con los leopardos. Un día Juanito se arrimó á darle un corte costeño con una varita, y se le arrojó dándole un arañazo en una manita; salió Amparo asustada al oír gritar á su hijo, y al verle salir sangre le dijo á Simón: — Mata á esa fiera. No se lo hizo repetir pues indignado también venía lleno de rabia con esa intención, le dió un garrotazo en la cabeza, y quitándole el collar lo fué á colgar por el rumbo en que se acercaban los tatas para que viéndolo muerto ya no volvieran á estar molestando, algún efecto surtió el remedio, se retiraron, pero de vez en cuando se aparecían por allí.

Iba Amparo muy distraída empeñada en cazar un gavilán que le robaba sus pollos, y sin sentirlo llegó al arroyo de los Leones en donde estaban juntos el leopardo y su hembra, los perros siguieron á ésta que se emboscó á tiempo que Amparo dejó ir un tiro y el macho se encaramó en una ziranda parándose en una rama que se vencía con su peso, poniendo unos ojos que parecían de fuego, asomando los colmillos, esponjando el pelo y sacando las uñas. Amparo asustadísima recordó que el tiro que le quedaba sólo tenía munición delgada, y luego luego trató de echar al cañón una ó dos balas sueltas encima, las sacó de su talega y por no perder de vista á la fiera que en cada oscilada de la rama le parecía que se iba á arrojar encima, á tientas echó las balas en el cañón descargado picándose la mano con la punta aguda de su bayoneta: de repente oyó un ruido por detrás entre los matorrales, quiso voltear presurosa, se le atoró un pie entre las peñas y cayó de espaldas dándose un fuerte sentón contra las piedras. — No hay que asustarse, valiente Amazona, dijo Lorenzo que al llegar á su casa oyó el tiro, muy cerca del camino que traía pasó la leoparda acosada por los perros y supuso lo que en aquel acto acontecía, por lo que sacando las pistolas de su baquerillo arrancó á pie cortando camino por los breñales para el arroyo. — Párate, mi vida, y la alzó de un brazo, toma esta pistola y despacha á ese animal. — Aquí tengo mi escopeta. — No, porque la cargaste mal, desde antes de llegar lo advertí, toma y apúntale con calma. — Qué calma, mira, mira, ya mero se nos echa encima. — No, mujer, no ves que la rama se le cimbra y no encuentra apoyo en las patas para emprender el brinco, antes de que lo pueda verificar aprovecha su falsa posición; no tiembles, ten serenidad. Apuntó y le pegó en el centro del pecho, se clavó de cabeza la fiera dando un rugido y cayó al suelo cerniéndose con las ansias de la muerte. — Remátala con tu bayoneta, anda, anda. Se acercó todavía llena de miedo y por su codillo le dió dos ó tres metidas toda temblorosa hasta que dejó de menearse. — ¡Bien, querida, bien! toma tu gala, y la abrazó lleno de gozo, pero ella abandonándose en sus brazos se puso lívida diciendo: — ¡Jesús, Jesús, no sé lo que me pasa, sosténme porque me muero. Por un lado cayó la escopeta, y flaqueándole las piernas se rindió,

la alzó Lorenzo en peso y se arrimó al árbol, conociendo desde luego el anuncio de un mal parto; pegó dos ó tres fuertes silbidos y al instante apareció Simón á caballo. — Presta tu manga que traes en los tientos. — ¡Qué ha sucedido! exclamó sorprendido mirando por un lado tirado al leopardo y por otro á su ama: ¿qué este maldito tal vez...? — No, sino que el susto y un golpe que se dió son la causa de un mal parto, recoge esas armas, llévate á ese animal para que el cuero sea la memoria de su triunfo, y vámonos. Envolvió á su mujer con la manga y cargó con ella todavía medio desmayada.

A poco de haber llegado á la casa fué el aborto, arrojando á la criatura medio muerta, le echó el agua Simón y después fué á enterrarla á Jungapeo, atacándole á la pobre paciente una continuada hemorragia que á todos puso en mayor cuidado. Aunque algo sirvieron algunas medicinas de D. Cleofas á quien fué á consultar Lorenzo, era indispensable la asistencia de otra mujer, y no teniendo de quien disponer después de ser el *Todo* de tantas, mandó á Simón á mata caballo con una carta para su hermana Anita que estaba hasta Tepustepec. Luego se puso en camino con Angel su esposo, Simón los guió por donde se le indicó para entrar al valle sin ser vistos, y ya hubo una persona de entera confianza que se dedicara á cuidarla con mucho esmero hasta que quedó completamente sana. Congeniaron mucho, se querían bien las dos hermanas, la presencia de Angel en el rancho no era muy precisa, porque D. Antonio con su pie de palo tenía aquello asistido, y ya se quedaron viviendo allí también ignorados, teniendo Juanito otro nuevo maestro en su tío Angel que también quería educarlo á su modo, haciéndole ir olvidando las lecciones de sus anteriores preceptores.

Amparo siempre que tenía algún pesar lo desahogaba yéndose á llorar á excusas al arroyo ú otros puntos solitarios; primero le causaba aflicción su hijo, pues cuando se enfermaba estaba contenta pensando en que se moriría, y en cuanto se aliviaba seguía en sus pensamientos tétricos. La sorprendió llorando su esposo y ella le dijo: — Lloro porque pienso en el porvenir de esta criatura, ¿cuál es la suerte que se le espera? hijo de una madre ignorada, de un padre que está rodeado de enemigos, criado entre estos bosques y... — Y es mucha bobería

tuya que solita te estés amargando la existencia, ¿no estabas resuelta á confiar en Dios y seguir obedeciendo el camino que esa mano oculta tiempo hace nos está indicando? — Sí pero... — Para la fe ciega no hay peros, no empieces á flaquear, Dios es muy grande y jamás abandona á sus criaturas, y por este lado le dió la contra hasta que logró tranquilizarla.

Después la puso con mucho cuidado un pedazo de impreso que envolviendo especies de la tienda llegó á sus manos, y era nada menos que el decreto expedido en Morelia proscribiendo á su marido y ofreciendo seis mil pesos por su cabeza, no se atrevió á darse por entendida, se lo contó á sus compadres en secreto, todos lo cuidaban mucho, Simón no se le separaba un instante, sino que desconfiaba de cuantos se le acercaban, y el Chango mandado por Amparo, continuamente sin que Lorenzo lo advirtiera andaba escoltándolo también; si por algún motivo se dilataba, Amparo bañada en lágrimas, encomendándolo á todos los santos del cielo, pasaba unas horas llenas de amargura y los cachorros también participaban de sus peras, hasta que una noche la cogió in fraganti. — Esto ya es insufrible, querida, le dijo Lorenzo, tus lágrimas son para mí muy preciosas; ¿qué te aflige, cuál es el motivo de tu llanto? — Este, le contestó presentándole el pedazo de decreto. — Sí, señor amo, dijo el Chango, ese maldito papel nos tiene llenos de pesadumbre. — Y nos está matando, agregó Simón. — ¡Vaya una niñada! replicó Lorenzo, si hubieran tenido confianza en mí me hubieran dicho lo que pasaba y yo los hubiera tranquilizado; pero en el delito llevan la penitencia. — ¿Entonces no ignoras que ofrece el gobierno...? — Tan no lo ignoro que miren vds. media docena de decretos que hemos dedicado mis *Todos* y yo para servilletas. — Pero si aquí claramente te condenan, te declaran traidor y... — Y aquí abajo está la filiación del proscrito, lee, mujer, lee recio para que tus cachorros comprendan el negocio, nos hemos reído de tal disposición, y ya te dije cuál ha sido el resultado, que todos esos papeles han sido condenados á los comunes. Leyó Amparo, y al relatar la filiación se restregaba el Chango las manos de gusto diciendo: — Me alegro, me alegro, á mí me llama ese papel, lléveme su merced luego y que el mismo gobierno me corte la cabeza; recoja vd., señor compadre, el dinero, porque

ese es mi voluntad que sea para mi hijo, para mi precioso Changuito. Mañana, ahora mismo, vámonos para Morelia, señor, vámonos y que nuestro ángel no vuelva á llorar. Simón miraba lleno de envidia el gusto de su compañero, y preguntó con tristeza: — ¿Qué no dicen ahí que es manco, niñita? porque entonces mejor yo iré. — No, no dice eso, replicó el Chango, á mí solo me han retratado, y yo he sido dende quea- que el coronel Astucia, cuando los amos me dijeron que era yo tompeate en el rancho de San Victoriano, y el gobierno me conoce muy bien. — Es verdad que fuiste tompeate, pero tú haces aquí más falta, sabes tocar la trompeta, el niño te extrañará, sabes cocinear, en fin, señor amo, lléveme su merced á mí que no tengo á quien hacerle falta, y también quiero que esos miles de pesos y la huerita que ya conoce sean para el chinporrondingito de mi hijo. — No hay más remedio sino que su comadre decida, á mí me toca ese decreto por ser el coronel Astucia, al Chango por la filiación, y á Simón porque quiere reemplazarnos, que ella disponga á ver quién va á presentar su cabeza. — Ninguno, respondió Amparo, al coronel no le toca porque no es como la filiación, aunque el Chango tiene las señas no es Astucia, y de Simón no hay quien se acuerde. — ¿Luego podemos estar seguros de una traición? — Claro está. — Pues entonces que cesen esos cuidados, lágrimas y padecimientos, y se rió á carcajadas de sus apuros.

CAPÍTULO XII

La visita del señor gobernador. — El coronel Astucia. — Sustos tras de sustos. — Término de la visita. — Feliz descubrimiento.

En este estado estaban las cosas y Amparo muy restablecida de sus males, cuando tuvo el coronel Astucia noticia del nuevo gobernador que se dirigía al valle á practicar una visita, reunió á sus *Todos* y como siempre, paró en que después de mil disputas todos dejaron á que el coronel dispusiera lo que le pareciera, se informó de que venía con trescientos hombres, y al llegar á Tajimaroa, le remitió una comunicación en estos términos: — « Seguridad Pública del Valle. Servicio Nacional. « Exmo. Sr. Ha llegado á mi noticia de que á la cabeza de una « fuerza armada viene S. E. á practicar una visita en este Valle, « con muchísimo gusto será recibido si sin carácter hostil se « nos presenta. Sólo las tropas del gobierno han sido las que « aquí han cometido mil excesos y depredaciones, y por lo « mismo como jefe de la Seguridad y único responsable de la « tranquilidad pública, suplico á S. E. se digne presentarse « solo para no provocar un lance que tal vez ocasione fatales « consecuencias. Protesto á S. E. las consideraciones de mi « adhesión y respeto. — Dios, Libertad, y Federación, etc. — « Astucia. Exm. Sr. gobernador, etc. »

— ¿Qué dice vd. de esto, señor secretario? parece que al tal coronel no le gusta mucho nuestra visita, dijo el gobernador. — Eso ya me lo esperaba yo, como se ha entronizado por esos rumbos canta gordo desde su muladarcito. — Sin embargo, yo creo que no carece de razón, si sólo las tropas del gobierno han venido por aquí á trastornar el orden, claro está que esta gente está escarmentada y muy predisuelta. — Esos son pretextos